

YO SOY
ALEXANDER
CUERVVO



PATRICIA GARCÍA-ROJO



GRAN
ANGULAR

Yo soy Alexander Cuervo

PATRICIA GARCÍA-ROJO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Míreia Rey

© Patricia García-Rojo, 2019
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-515-9
Depósito legal: M-8879-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mis padres,
que siempre han apoyado
mis sueños*

He sido confinado en embalajes, sacos de correo de cuero, sacos de papel, ataúdes, cestas de mimbre, cajas de piano de estaño, escritorios atados, barriles, cajas de cristal y en una caldera de vapor de acero. Como intérprete que actúa en público, es casi compulsivo en mí enfrentarme a cualquier reto de este tipo que se me ofrezca. Me aproximo a cada nuevo desafío sin saber si no me enfrentaré a mi Waterloo. En cada carrera hay un Gettysburg, y yo me dirijo al mío. Cuando llegue diré: «He luchado una buena pelea, y he luchado justamente». Cuando sea derrotado, admitiré la derrota como un hombre, pero exigiré limpieza y oponentes justos. [...] Hay una pregunta más, pero es una que debo rechazar. Quiéren saber cómo me escapo de esposas, grilletes, botas de Oregón, celdas de acero, embalajes y demás artilugios preparados para detenerme. Eso no se lo diré y, la verdad, si lo hiciera, seguramente no me creerían. Diría: «No, no puede ser verdad, no puede ser tan tonto como para contarme el método real». Cuando el hombre adecuado lo adivine, no tendrá que preguntarme si tiene razón o no. Simplemente actuará y el resto seguirá preguntándose.

Harry Houdini, *Los Angeles Herald*,
29 de septiembre de 1907

INVIERNO
1896-1897

¿Dónde reside la magia: en las manos del que hace el truco o en los ojos del que lo ve? ¿En la carta que desaparece bajo la manga del mago o en el suspiro asombrado del público?

Por aquel entonces estaba convencido de que la magia residía en el espectador, en su capacidad de concebir la ilusión como una transgresión de las leyes de la naturaleza. Pero claro, entonces tenía solo diecisiete años y un bigote pegado debajo de la nariz. Por si eso fuera poco, estaba subido a una caja de madera con un enorme abrigo verde y un traje de chaqueta que me quedaba demasiado grande. Una tormenta amenazaba con romperse sobre mi cabeza, y el público me rodeaba en la Plaza de las Flores, mientras el ruido de los coches de caballos mezclado con el ronroneo de los modernos automóviles llegaba desde la calle Mayor.

Llevábamos semanas esperando una mañana como aquella, semanas de sol y horizontes limpios, pero por fin las nubes negras se habían cernido sobre la ciudad. Una chispa de emoción recorría mi espalda. Sería ese día o no sería nunca.

Mi inseparable cómplice y amigo, Johann Maler, ya se había encargado de avisar a los viandantes de que un mago venido de Rumanía, capaz de controlar la naturaleza, iba a hacer una demostración para presentarse en la ciudad ante el público que más le interesaba: las personas normales y corrientes.

—¡El gran cazador de rayos! —gritó de pronto Johann, con una boina marrón sobre la cabeza y una sonrisa confiada en los labios—. ¡El auténtico domador de tormentas! ¡El genuino rey eléctrico! Que no actuará en los salones de los palacios ni las mansiones, donde el público es crédulo y confiado, sino en la Plaza de las Flores, donde hombres y mujeres como yo vamos a juzgarlo. ¡Acérquense todos! ¡No se pierdan el primer espectáculo en la ciudad de Romaniv Tormentov, el señor del rayo!

No sabía de dónde se sacaba tantos epítetos, pero estaba claro que ya teníamos bastante público. Durante los ensayos se me había quemado un bigote y no quería que mi primera gran actuación en las calles acabase con un cubo de agua sobre mi cabeza y la carcajada unánime de la concurrencia. Así que levanté los brazos para llamar la atención de los presentes.

El silencio se hizo durante unos segundos y lo aproveché:

–¡Damas y *caballos*! –grité en un pésimo intento de imitar un acento exótico–. Atendan a este *pobrrre extrranjero* que no tiene más *secrreto* que el de *conocerr el verrdadero nombrre del rrayo*, ¡el *nombrre* que lo domina y lo *gobierrna*!

En ese justo momento, un trueno oportuno hizo que el público mirase hacia lo alto. Comencé a contar. El rayo tenía que estar al caer. Llevaba un rato calculándolo y la tormenta estaba ya encima de nosotros, creando una sensación de noche en pleno día.

–¡La tormenta sabe que el rey eléctrico está aquí! –se hizo oír Johann para animar el ambiente, y un murmullo de aprobación se elevó entre la multitud.

Aproveché el momento y saqué del bolsillo del abrigo un ajado libro con las tapas de cuero. Lo abrí, fingiendo que buscaba entre las páginas. Al final, me detuve en un pasaje y, levantando el dedo con autoridad, comencé a leer con voz grave:

–*Ultrajes melajes rápenes* –era un idioma inventado, claro, pero eso nadie tenía por qué saberlo–. ¡*Mirienes pelenes hoj!* –la concurrencia me observaba con el aliento sostenido–. *Rakutunfile*. ¡*RAKUNTUNFILE!*

Con ese último grito, arranqué una página y cerré el libro de golpe. Justo en el instante en que el rayo iluminaba la ciudad, lancé el papel al aire haciéndola arder como si la tormenta eléctrica lo hubiese atrapado, como si el rayo hubiese caído sobre él. Había hecho bien los cálculos.

Todos gritaron al ver la llamarada de fuego, cegados por su intensidad.

Entonces desaparecí.